



PA 6567
S5
A4
1898

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO
Carrera de San Francisco, 4.

LA CORONA DE SANGRE

I

LA FAMILIA REAL DE ASTURIAS Y GALICIA

En una de esas tranquilas y apacibles tardes de primavera, tan bellisimas bajo el templado clima de Asturias, dos personas de diferente sexo, pero ambas jóvenes y hermosas, se encontraban en una sala octógona del castillo real de Pravia; tres enormes ventanas, abiertas de par en par, daban luz al aposento, que ostentaba por todo mueblaje algunos sitaliaes góticos, mezclados con taburetes groseros y oscuros, y una mesa bastante baja y cubierta de un tapete de lana roja, en el cual estaban bordadas en seda las armas reales de los Reyes de Asturias y Galicia.

Las paredes, de maciza encina, veíanse decoradas con estandartes godos, que formaban trofeos, confundidos y enlazados con alfanjes damasquinos, capacetes árabes y banderas desgarradas de los hijos del Islam: aquellos obje-

tos habían sido arrancados sin duda á los árabes por los Reyes montañeses que, desde Pelayo, habían vivido en aquel rincón de Asturias con los destrozados restos del Imperio godo.

El aspecto del salón era pobre, severo, sombrío; sólo la hermosa y diáfana luz de aquella alegre tarde de Abril podía disipar un tanto la melancolía que en él se advertía.

A través de las ventanas, se divisaban los cuadrados torreones del Monasterio de San Salvador, y las peladas rocas, que constituían en aquella época los únicos caminos de Asturias.

Era el siglo VIII, y reinaba Fruela I, hijo de Alfonso el Católico, en aquel estrecho y olvidado pedazo del fecundo y hermoso reino de España, á la sazón ocupado casi todo por los árabes.

Una de las dos personas que se hallaban en el aposento que hemos descrito, era una joven, la cual estaba sentada y silenciosa junto á la mesa situada en el fondo de él: ocupaba un alto sitio, tallado, y su blanca y preciosa mano sostenía su frente serena como la de una niña.

Podría tener diez y seis años, y su talla gallarda y esbelta presentaba de lleno el magnífico tipo de la dama goda: su tez blanca y purísima era pálida y transparente; sus ojos azules, rasgados y brillantes, pero melancólicos; su cabellera copiosa, abundante y dorada; su boca rosada como un pimpollo á medio abrir;

su nariz recta y delicada; su seno alto y turgente, y su talle esbelto y flexible.

Vestia un brial de lana azul, fino como la seda, de mangas flotantes y cuadrado escote, que dejaba ver una camiseta de blanquísimo lienzo, plegada en su cuello y sujeta con un broche de zafiros; cubría á medias su cabeza una pequeña toca de lienzo, blanca también, que no impedía contemplar cuatro largas, anchas y riquísimas trenzas rubias que se replegaban en el asiento del sitio.

Paseándose lenta y sombríamente por la estancia estaba un mancebo, que aparentaba cuatro ó cinco años más que la joven: su belleza era superior á todo encarecimiento, aunque de un género opuesto á la de su compañera; sin embargo, era mucho más hermoso, y mi pluma intentaría en vano pintar sus fogosos y negros ojos, extrañamente grandes; su frente tersa y despejada, y sus facciones todas de una perfección y encanto indescriptibles: era uno de esos seres que no se pueden definir y que es preciso ver para comprender hasta dónde puede Dios hacer hermosa á una criatura humana.

Llevaba una túnica de lana blanca, de pliegues flotantes, ceñida á su esbelto talle con un cinturón de cuero oscuro, que sostenía una pequeña daga; unas calzas de lana rojas descubrían las puras y juveniles formas de su pier-

na, y su cabellera, cortada en redondo á la altura de sus hombros, formaba cerquillo en la frente y bajaba en copiosas ondas oscuras, lucentes y ensortijadas.

Ambos personajes guardaban silencio: la joven, inmóvil, con la diestra en la frente y la mirada perdida, asemejábase á la estatua de la tristeza; el mancebo interrumpía su paseo de vez en cuando, deteniéndose enfrente de una de las ventanas: entonces sus ojos se fijaban en una inmensa mole de piedra, de las que en aquella época se llamaban *castillos roqueños*, por estar edificadas en la cumbre de una roca; la fisonomía del joven se obscurecía terriblemente, y al propio tiempo cerraba éste los puños como dominado por un violento furor.

Diriase, sin embargo, que la cólera no podía marcarse durante largo espacio en aquel hermoso y benigno semblante, porque la expresión violenta, que por breves instantes le desfiguraba, desaparecía poco á poco para dar lugar á otra profundamente dolorosa.

La joven fué la primera que salió de sus meditaciones: contempló un momento al mancebo, pintándose en su rostro un sentimiento visívulo de amor y de piedad, y luego, dejando su asiento, fué lentamente á colocarse junto á él y apoyó suavemente en su hombro una de sus manos.

—Bimarano—dijo,—sosiégate; tu sufrimien-

to desgarrar mi corazón... ten esperanza: ¿quién sabe?

—¡Esperanza!—repitió el mancebo cubriéndose el semblante con las manos,—¡esperanza!... ¡Oh, Adosinda! ninguna tengo ya...

—¡Acuérdate, hermano—repuso la doncella con acento digno,—acuérdate de que eres hijo de Alfonso el Católico, de que corre por tus venas sangre real!

—¿Acaso piensas, Adosinda—interrogó Bimarano,—acaso piensas que me olvido yo de todo eso? ¿Crees que el hijo del gran Alfonso puede olvidar nunca que es un Príncipe real? ¿Piensas que se apartan de su memoria un solo instante los ejemplos de fortaleza que le dió su noble padre? ¡Ah, no! ¿qué sería de mí si hubiera perdido el sentimiento de mi dignidad?

—Pues entonces, Bimarano, sé fuerte en la desgracia—exclamó Adosinda:—si para ser noble y bueno, como eres, conservas las memorias de nuestro padre y sus santos preceptos, bástele para adquirir el valor del sufrimiento el ejemplo de la Reina, que es más infeliz que tú.

—Es verdad, mi buena Adosinda—repuso Bimarano, tomando entre las suyas las manos de su hermana:—Fruela, el mal hijo, el mal padre, el mal hermano, es también el verdugo de su esposa.

—¡Calla!—se apresuró á decir Adosinda, poniendo la diestra en los labios del mancebo,—

¡calla, y no olvides que es tu Rey, ya que no recuerdes que recibió la vida en el seno de tu misma madre!

—¡Ah!—exclamó Bimarano;—¡es que yo, Adosinda, no tengo tu santa virtud, y mi dolor además es tan vehemente que acaba con mi razón! ¡Es que Fruela me roba, con mi amante, al hijo de mi amor!

—¡No!—gritó detrás de los dos jóvenes una voz fuerte y sonora;—¡no temas por tu hijo, Bimarano!

Los dos Principes se volvieron llenos de sorpresa: en el umbral de una puerta, situada á espaldas de Adosinda, había una mujer de continente severo y majestuoso, de elevada estatura, de robustas formas y de una belleza deslumbradora; su tez morena era purísima, aunque pálida; sus negros ojos centelleaban bajo sus cejas de ébano vigorosamente trazadas, y sus negros cabellos bajaban riquísimos y ondeantes, envolviéndola como en un manto de seda; era una de esas soberbias cabelleras que apenas se encuentran ahora, pero que en el siglo viii coronaban las majestuosas y austeras frentes de casi todas las hijas de los godos: tal vez en aquellos tiempos las aromáticas pomadas no habían secado todavía la raíz de los cabellos, ó las cabezas de las mujeres no encerraban ese fuego devorador que consume su savia en nuestros días.

La aparecida representaba veinticinco años: su ropaje talar era blanco, de lana, y sobre la túnica llevaba un manto obscuro; sujetaba sus espléndidos cabellos una cinta blanca, y gracias á este dique, dejaban su hermoso y apasionado semblante despejado de sus ondulantes rizos.

—¡Señora!—exclamó Bimarano inclinándose ante aquella mujer.

—¡Hermana!—murmuró Adosinda dirigiéndose á ella.

—¡No temas por tu hijo, Bimarano!—repitió la aparecida:—si tu hermano el Rey Fruela I ha resuelto robártele con su madre, la Reina Munia, más piadosa, le ha puesto ya en salvo.

—¡Ah!—gritó el Principe, precipitándose á los pies de la Reina.—¡Dios te bendiga, señora y hermana mia!

—Levanta, Bimarano—dijo la Reina con voz dulce y vibrante, en la cual, sin embargo, no se descubría la alteración más leve,—levanta: nada me debes, porque soy madre también y abrigo la persuasión de que cuánto bien haga yo, me lo pagará Dios velando por mis hijos. ¡Ojalá—prosiguió,—ojalá me fuera posible guardarte del mismo modo á la madre del tuyo; pero no me es dado hacerlo!

—¿Y por qué, señora?—preguntó tímidamente Adosinda.—¿Quién puede oponerse á tu voluntad?

—¡Pobre niña!—exclamó Munia, cuyos soberbios y hermosos ojos suavizaron algo de su fuerte brillo al fijarse en la doncella.—¡Pobre niña! No quieras saber lo que está vedado á tu santa inocencia. ¡Contempla á tu hermano, y verás cómo el emprender un tenebroso secreto cuesta la paz del corazón!

La doncella fijó su dulce mirada en el semblante de Bimarano y no pudo contener un grito de angustia: pálido éste y desencajado, miraba el castillo roqueño, que se descubría en lontananza.

—Parte, hermano—dijo la Reina tendiendo su morena mano hacia la inmensa mole de piedra;—parte á donde te esperan y en donde es necesario tu consuelo, mientras que yo voy con Adosinda á velar por tu hijo.

Tomó, dicho esto, la mano de la Princesa, y se dirigió lentamente hacia la puerta que le había dado entrada.

—¡Una palabra, señora; una palabra por piedad!—exclamó Bimarano deteniendo á la Reina.—¿cuándo veré á mi hijo?

Munia iba á contestar; pero en el momento en que sus labios se entreabrian, otro joven pálido y jadeante se precipitó en el salón por la puerta principal.

—¡Aurelio!—exclamó la Reina.

—¡Vete, señora mía! ¡Huye, hermano!—gritó el recién llegado.—¡El Rey me sigue!

Al escuchar estas frases, agitáronse los tres jóvenes á guisa de una bandada de palomas que descubrea al inhumano cazador que las acecha.

—¡Huye, Bimarano!—repitió con mayor angustia Aurelio:—¡el Rey ha echado de menos á tu hijo, y aquí corre riesgo tu vida!...

Un gran rumor de armas, que se oyó cercano, cortó á Aurelio la palabra.

—¡Por allí, Bimarano!—gritó Munia señalando al joven una ventana:—tu hijo está en mis habitaciones... no temas por él... pero ve al lado de Sancha y huye con ella... ¡yo cuidaré de vuestro hijo!...

El Príncipe besó la mano de la Reina, y, poniendo el pie en la ventana, desapareció; un segundo después se le vió saltar de roca en roca y tomar el camino que conducía á la parte opuesta del castillo real.

—Retiraos vosotros, hermanos—continuó la Reina dirigiéndose á Aurelio y Adosinda;—quiero que el Rey me encuentre sola.

Los jóvenes salieron de la estancia, al mismo tiempo que D. Fruela, fiero, iracundo y aterrado, aparecía en la puerta principal; mas si su furor no le hubiera cegado, hubiera podido columbrar, no obstante, la sombra de su hermano Aurelio, medio oculto entre el gótico tapiz que adornaba la puerta situada á espaldas de la Reina.

II

ESPOSO, HERMANO Y VERDUGO

Fruela I, Rey de Asturias y de Galicia, parecía frisar en los treinta y cuatro años; su atlética estatura era corpulenta y forzada; tenía la tez roja y curtida, porque su única diversión era la caza de montería, distracción que estaba muy en armonía con su carácter fiero y casi salvaje; su cabello rojo, fuerte y ensortijado cubría á medias su frente, bajando por detrás hasta el nacimiento de su robusta espalda; sus ojos verdosos no hubieran carecido de belleza, si en vez de fulgurar con una luz bravía, hubieran estado animados por la dulzura y la benevolencia; su boca, que tenía un hermoso corte, era encendida como el coral, haciendo resaltar el esmalte nacarado de su magnífica dentadura; era imponderable la riqueza de sus oscuras cejas y pestañas, y tenía la nariz pronunciada y aguilena, pero recta y movable.

Vestía una fuerte armadura, ni más ni menos que si estuviese aprestado para dar una batalla; sus hercúleas formas, aunque cubiertas de pesadas escamas de acero, eran hermosas é

intachables; una clámide goda, de blanquísima lana, encubría la mitad de su figura, bajando, hasta doblarse en el pavimento; llevaba un pequeño casco ó capacete de acero, y en el pecho la gran cruz de los godos.

Fruela, al entrar, tendió por el salón una mirada iracunda y brava; despidió con la mano á la escolta de rústicos montañeses, que formaban su guardia, y luego se fijaron sus ojos centelleantes en la Reina, que, inmóvil y serena, sostuvo su sombrío resplandor.

—¿Dónde están mis hermanos?—le preguntó con su voz fuerte, enronquecida además por la cólera.

—No lo sé, señor,—contestó Munia con reposado acento.

—¡Reflexiona bien lo que dices, señora!

—No lo sé,—repitió la Reina con el mismo tono sereno y reposado.

—¡Con que también conspira con ellos la Reina!—exclamó Fruela con una voz que hizo temblar las altas bóvedas del salón;—¿con que también la Reina es traidora á mi trono?

—¡No!—gritó Munia con voz tan firme y vibrante cuanto apacible había sido antes:—la Reina no conspira contra tí, porque aunque ya no te ama, respeta el nombre y la corona que le has dado; la Reina no hace más que consolar de tus inicuas crueldades á los pobres Príncipes á quienes tan injustamente llamas conspiradores.

—Luego sabes quién ha sustraído al niño Bermudo á mi justa saña.

—Yo he sido,—dijo Munia adelantándose impávida hacia el Rey.

—¿Y serás tú también la que protege los amores livianos de sus padres?—prosiguió Fruela sonriendo de una manera que hubiera dado espanto á cualquier otra mujer que no hubiera sido la esforzada Munia.

—Si—contestó ésta;—¡yo que creo más justo apretar los lazos con que Dios ha unido sus almas, que tolerar tus odiosas persecuciones hacia Sancha de Rivadeo! ¡yo que he sabido ser paciente y sufrida para no rebajarte á los ojos de los Condes de tus reinos y asistir en silencio á la agonía del amor que llenaba mi alma, pero que no he querido con mi inacción hacerme digna de tus injurias! ¡Sábelo, Fruela!—continuó con voz profunda:—yo he protegido los amores de tu hermano Bimarano con la hermana del Conde de Cangas; ¡yo he guardado al hijo de entrambos!... ¡Y hace pocos instantes he enviado á Bimarano á aquel castillo á fin de que vele por Sancha porque su hijo está seguro!...

La Reina, en la vehemencia de su razonamiento, había arrastrado á su esposo hasta una de las ventanas, y le mostraba con arrogante ademán el castillo de Cangas. Fruela, atónito con lo que estaba oyendo, había seguido ma-

quinalmente á Munia, y fijaba su mirada espantada en la enorme cordillera de rocas que servía de ceñidor á su real castillo.

De repente brillaron sus ojos como dos teas; sus tostadas mejillas se cubrieron de un rojo purpúreo, y apretó los puños desprendiéndose de la mano de Munia.

Al mismo tiempo se veía saltar de peña en peña á un hombre cubierto con la vestidura blanca de los Príncipes reales, y que llevaba entre sus brazos á una mujer, cuyo largo manto obscuro flotaba á merced del viento.

La sombra del crepúsculo cubría ya las montañas con su blanquecino velo; pero la luna serena y hermosa alumbraba el paisaje, y permitió al Rey y á la Reina reconocer en el hombre que corría al Príncipe Bimarano, y en la mujer que éste llevaba en sus brazos á la hermana del Conde de Cangas.

Una celeste expresión de dicha iluminó el semblante de la Reina; pero sus facciones se cubrieron de una palidez mortal al columbrar en la poterna del castillo roqueño al joven Conde de Cangas á la cabeza de un crecido número de montañeses armados de jabalinas que, á una seña del Rey, se precipitaron como una furiosa jauría en persecución de los fugitivos.

Un ¡ay! doloroso, desgarrador, se escapó del pecho de la infeliz Sancha, y fué á clavarse derecho en el corazón de la Reina, que convulsa y

anhelante seguía su carrera con sus asombrados ojos.

El Conde de Cangas había logrado acercarse á Bimarano, que se había detenido transido de fatiga; pero haciendo éste un último e inconcebible esfuerzo, salvó de un salto la enorme peña que le estorbaba el paso, y echó á correr desesperadamente por la falda de la montaña.

—Dispara, Conde,—gritó Fruela al de Cangas, que pasaba á la sazón por debajo de su ventana.

Apuntó éste su jabalina; mas la voz de la sangre y el temor de herir al hermano de su Rey contuvieron su brazo.

—¡Bárbaro verdugo!—exclamó Munia precipitándose hermosa, sublime de indignación, hacia su esposo;—¡guárdate de derramar la sangre de tu hermano!

El Rey, furioso, desnudó su daga, y con mano forzada hizo caer de hinojos á sus pies á la desventurada Munia; mas en aquel momento un brazo robusto sujetó el de Fruela, que encontró ante sus ojos á su hermano Aurelio, austero, sombrío y amenazador, cubriendo con el suyo el cuerpo de la Reina.

—¡Atrás, Príncipe!—gritó ésta con tan imperioso acento, que Aurelio no pudo menos de retroceder.—¡Hierel!—continuó Munia levantándose imponente y majestuosa, y mostrando al Rey su pecho;—¡hiere, Fruela, y me harás

una señalada merced, porque sólo con la muerte podré olvidar que has levantado tu puñal sobre mi pecho! ¡Hierel! ¡Esta muerte me será más dulce que la que ha de causarme el recuerdo de tu crueldad!...

El Rey contempló durante algunos instantes como aturdido la noble figura de Munia, que se asemejaba á la estatua de la justicia celeste: poco á poco fué bajándose su brazo, y, por último, su mano calenturienta soltó el puñal.

Una inmensa griteria, que resonó muy próxima, le arrastró á la ventana, y un gozo cruel iluminó su semblante. Sancha estaba privada de sentido en los brazos de su hermano, en tanto que algunos hombres de armas de éste rodeaban al Infante Bimarano, aunque sin atreverse á tocarle.

—¡Llévadle preso á los subterráneos de mi castillo!—gritó el Rey á los montañeses, que desaparecieron con el Príncipe.

Fruela I abandonó el salón precipitadamente, y la Reina ocultó entre las manos su semblante, mientras Aurelio la sostenía, viéndola próxima á desfallecer, á pesar de la fortaleza de su alma.

III

LOS AMORES DE D. FRUELA

El Rey D. Alfonso el Católico murió en Cangas á la edad de sesenta y cuatro años; dejó de su mujer Ormesinda cuatro hijos: Fruela, Bimarano, Aurelio y la muy hermosa niña Adosinda, retrato fiel de la suavidad y dulzura de su madre. Alfonso el Católico dejó también otro hijo, habido en sus relaciones amorosas con una esclava árabe de peregrina belleza, el cual se llamó Mauregato, y ocupó algunos años después, para mal de España, el trono de Asturias y Galicia.

Alfonso y Ormesinda fueron sepultados juntos en el Monasterio de Santa María de Cangas, por mandato expreso del Monarca. Aquel hombre, á pesar de sus frecuentes infidelidades, había amado tanto á la hermosa y dulce Ormesinda, que quiso partir con ella su último lecho y su losa funeraria.

La corona pasó á las sienes de Fruela, hijo primogénito de Alfonso el Católico; pero el menos á propósito para gobernar un reino tan combatido y destrozado; desconociendo absolu-

tamente la marcha política, que es siempre el timón de un buen Rey, y que en aquellos tiempos se hacía tan necesaria para contrarrestar los hábiles manejos de los árabes, que inundaban toda la España; nulo para oponer la resistencia del talento á las negociaciones de los poderosos Califas de Córdoba y Damasco; enteramente desposeído de dulzura y prudencia, el Infante D. Fruela no sabía hacer más que reñir, y no bien tuvo noticias de que los navarros intentaban rebelarse contra él, marchó en su busca á la cabeza de todos los feroces montañeses, que pudo armar con arcos y jabalinas, y los redujo á obediencia combatiéndolos bárbaramente, aun antes de informarse de la causa de su descontento.

Una noche, después de saquear á un pueblo, y al cruzar, seguido de sus numerosas huestes, una árida llanura para volver á su campamento, se sintió desfallecido de sed y de cansancio; tenía una anchurosa herida en la cabeza, cuya sangre no había sido posible restañar, á pesar de los esfuerzos de los suyos, y la vista iba faltando ya á sus ojos y el aliento á su pecho: cuando divisó una lucecilla que fulguraba no muy lejos, dió orden á sus gentes de dirigirse hacia ella, y él mismo tomó el camino que le pareció más corto.

Poco tardaron en llegar, y la esperanza reanimó los abatidos ánimos de los guerreros: la

luz partía de una pequeña lámpara que, encerrada en una grosera verja de hierro, ardía delante de la puerta de un Monasterio.

El Rey llamó: dijo su nombre, y muy pronto le fueron franqueadas las puertas; pero no bien la anciana abadesa se presentó á recibirle al frente de la comunidad, cayó desmayado en el pórtico mismo del templo.

Cuando volvió en sí, se encontró recostado en un blando y mullido lecho: sus capitanes y sus Condes llenaban la estancia, y la anciana abadesa, de pie junto á él, esperaba el instante de que abriese los ojos para vendarle la herida y darle una bebida, preparada ya de antemano.

Muy en breve se sintió el Rey tan mejorado, que manifestó sus deseos de partir: entonces la abadesa le pidió permiso para presentarle una joven huérfana que le habia sido encomendada, hija de un Conde navarro, rebelde á D. Fruela, pero descendiente de los Reyes de Navarra, y, por consiguiente, parienta suya.

El Rey de Asturias, que profesaba un ardiente amor á toda mujer que fuese joven y hermosa, consintió en ver á la noble huérfana en cuya busca salió la abadesa.

Ante la vista de Munia, quedó D. Fruela mudo de asombro; aunque la doncella no contaba más que quince años, su hermosura era tan admirable y majestuosa, que le dejó pasmado: vestía una larga túnica blanca, una toca de ne-

vado y fino lienzo, y un largo manto como la túnica: una estatua romana no hubiera tenido, un siglo después, el continente más noble, más hermoso y altivo que aquella majestuosa niña.

—¿Cómo te llamas?—preguntó al fin el Rey con mal segura voz.

—Antes me llamaba Memorana, señor—contestó la princesa con reposado y sonoro acento; —pero cuando entré en esta santa casa, tomé el nombre de la venerable abadesa que amparó mi orfandad. Llámome, pues, Munia (1).

—¿Quieres venirte conmigo, Munia?—preguntó el Rey con acento más cariñoso.

—No, señor Rey.

—¿Por qué?

—Porque yo no te conozco; y aunque eres pariente mio muy lejano, debes comprender que no puedo seguirte sin menoscabo de mi honra.

—¿Quieres ser mi esposa?

—Muy de mi grado lo sería si me concedes, señor, el tiempo suficiente para que yo te ame, —contestó Munia, cuyos hermosos y lucientes ojos no retrataron ni el más leve rayo de alegría al escuchar la oferta de un trono.

Fruela permaneció perplejo durante algunos instantes, y luego tornó á preguntar:

(1) Unos historiadores llaman *Menina* á la esposa de D. Fruela; otros, *Memorana*; D. Alonso el Magno, en su cronicón, la llama *Munia*, y la crónica general *Munina*.

—Y si no te casas conmigo, ¿qué harás?

—Seré religiosa—contestó ella con la dulce calma que le era habitual:—sólo amándote con todo mi corazón, señor Rey, seré tu esposa; pero, si no lo consigo, me uniré á Dios.

El Monarca salió pensativo del Monasterio; mas al día siguiente volvió á él arrastrado por el poderoso ascendiente que la belleza purísima y vigorosa de Munia ejercía en su ánimo: quince después, se casó en el mismo Monasterio con ella, con la cual y sus montañeses partió, pasados dos más, para Pravia, corte entonces de los Reyes de Asturias.

Los navarros quedaban acuchillados y sometidos; pero también quedaban infinitas viudas y huérfanos, que maldecían la crueldad de Fruela I, y compadecían profundamente á la hermosa doncella, que se llevaba unida á su destino.

IV

UNA SANTA Y UN ÁNGEL

La belleza de Munia cansó pronto al inconstante Monarca, cuyo corazón duro era incapaz de albergar una pasión tierna y duradera, y cuyo carácter fiero necesitaba siempre luchar

y vencer; la posesión de aquel ser enamorado, dulce y puro, no podía halagarle por mucho tiempo, y bien pronto buscó más arduas conquistas en las esposas, hermanas ó hijas de sus Condes.

Para interesar el corazón de Fruela y fijarlo, era necesario que la mujer, á quien momentáneamente prefería, fuese virtuosa, de intachable fama y que estuviese unida á otro hombre con los lazos sagrados del matrimonio ó del amor; la mujer libre, por muy bella que fuese, rara vez le merecía una mirada, y si consintió en hacer su esposa á la Princesa huérfana, fué por la resistencia, que encontró en ella, á corresponder á sus amores hasta santificarlos con la bendición de un sacerdote, y porque creyó que su carácter arrogante y altivo le daría ocasiones de ejercitar su dureza.

Pero Munia, como toda mujer que vive dominada por una pasión vehemente, tornóse para su esposo dulce como una paloma; mirábase en sus ojos, anhelando leer en ellos sus más leves deseos para satisfacerlos; espiaba con afán su sonrisa; salíale al encuentro cuando volvía de caza, y adivinaba con el instinto amante de su corazón cuándo iba á sufrir, mucho antes de que sufriese.

A semejante carácter no podía escaparse la primera muestra de hastio ó frialdad del objeto de su amor.

Munia devoró la primera y otras cien; pero las absorbió en su corazón juntamente con el llanto que hicieron brotar: sin perder nada de su amor, su carácter noble, arrogante y altivo había vuelto á recobrar la energía, que la pasión enervara sin destruir.

El nacimiento de un hijo le infundió esperanzas: creía la inocente que el amor de su esposo hacia ella renacería al verla revestida del sagrado título de madre; mas en vano esperó día tras día una prueba de cariño. Es cierto que el Rey se alegró en extremo de tener un hijo que heredase su corona; también lo es que le hizo poner el nombre de su padre, que para él era de buen agüero; pero después no pensó más ni en la madre ni en el hijo, y volvió á entregarse á sus escandalosos amores.

Por aquel tiempo llegaron á Pravia los Infantes Bimarano y Aurelio, hermanos del Rey, los cuales no conocían á la esposa de Fruela: acababan de arrojar á los árabes de las fronteras de Galicia, y volvían cubiertos de gloria y cicatrices, aunque ambos eran de muy corta edad, pues Bimarano apenas llegaba á veinte años y Aurelio sólo contaba diez y ocho.

La belleza de estos jóvenes era extremada, y en particular la de Bimarano no tenía igual: no podía mirársele sin sentir una admiración profunda, y en aquellos tiempos supersticiosos dábase por muy seguro que estando en cinta la

Reina Ormesinda de su hijo Bimarano, y hallándose un día muy afligida á causa de las infidelidades de su esposo, se le apareció un ángel de parte de Dios y le dijo que, para recompensarla de lo que sufría, iba á dar á su hijo una belleza como jamás se veía en el mundo.

La hermosura del Infante era, en efecto, prodigiosa; sus ojos no tenían la expresión común de la raza humana; parecían infiltrados de una luz celeste, y su boca, al sonreír, prometía un porvenir inmenso de gloria inmortal.

Su carácter era casi tan bello como su figura: dulce, paciente y dotado además de un generoso corazón y de un valor á toda prueba, fué bien pronto Bimarano el idolo de toda la nobleza gallega y asturiana, despertando en el alma de Fruela los más feroces y bárbaros celos.

Aurelio era el retrato vivo de su padre Alfonso el Católico: tenía, como él, esa hermosura austera y varonil, que se advertía también en Fruela, aunque alterada por los desórdenes y por las fatigas de la caza; empero su carácter difería mucho del de su augustó padre, participando más bien de la dureza y crueldad de él del Rey su hermano: como Fruela, era valiente hasta la fiereza, y tenía, como él, instintos sanguinarios y duro corazón; su fe, no obstante, era inviolable, sus afecciones sinceras y su lealtad sin límites: todos los amores de su vida se hallaban concentrados en Bimarano, de

quien jamás se había separado, y cuya natural dulzura era lo único que podía templar su carácter irascible.

Al ver á Munia, brotó en el corazón de Aurelio un sentimiento desconocido: la espléndida hermosura de la Reina encendió en su pecho el volcán de la pasión primera; pasión que debía ser voraz, terrible en su alma juvenil y enérgica.

No bien se apercibió de sus sentimientos, corrió á participárselos á Bimarano; pero éste con dulce firmeza le aconsejó que no alimentase culpables esperanzas ni destruyese la paz de la conciencia de la Reina, único bien que podía consolarla en medio de los dolores que el desvío de su esposo le hacía sentir.

Aurelio, dócil como un niño á la voz de aquel hermano á quien tanto amaba, encerró su pasión en lo más íntimo de su pecho, haciendo penosos esfuerzos para ahogarla; mas en vano se lanzó á esta desesperada lucha, porque no consiguió otra cosa que avivar el fuego que le abrasaba, y la serena mirada de Bimarano se apartó horrorizada más de una vez del fondo del corazón de Aurelio, donde estaba acostumbrado á leer como en un libro abierto, convencido de que el fatal amor que éste concibiera se hizo incurable al dejar la blanca senda de la adolescencia por el camino sembrado de abismos de la juventud.

Bimarano, el hermoso, el apacible joven amaba también: la hermana del Conde de Cangas, señor de Cangas de Onis, había hecho una profunda impresión en su alma, y el mismo día en que le declaró su amor y obtuvo la seguridad de ser correspondido, pidió al Rey permiso para casarse.

D. Fruela no tuvo entonces por conveniente otorgar su consentimiento á tal enlace: conocía á la hermosa Sancha, y aunque no había fijado la atención en ella mientras fué libre, el día mismo en que la vió ligada á su hermano, se acordó de que era la doncella más hechicera de su corte y pensó en hacerla suya antes de darla al Infante.

Declaró una parte de sus miras al Conde de Cangas, y este sagaz cortesano negó la entrada en su castillo al Infante, y abrió sus puertas al Rey, halagado con la esperanza de medrar.

Empero los obstáculos no extinguieron ni disminuyeron siquiera el amor que ambos jóvenes se profesaban.

Sancha, en la imposibilidad de ver á su amante durante el día, y arrastrada por la fuerza de su pasión, franqueaba por la noche una de las ventanas de su aposento á Bimarano, con quien sostenía dulces pláticas mientras dormían sus perseguidores.

Diez meses después de la noche primera en que Bimarano penetró en la estancia de San-

cha, dió ésta á luz un niño, cuyo acontecimiento descubrió á los amantes.

El Conde hizo bautizar al recién nacido con el nombre de Bermudo, aparentando gran cólera, pero gozoso en su interior, porque el nacimiento de aquel niño aseguraba el enlace de su hermana con un Príncipe real.

Por su parte, Bimarano reconoció por suyo al hijo de Sancha, y consiguió del Conde algunas entrevistas con ella, que tenían lugar, para que el Rey no se apercibiese, en la habitación más retirada del castillo.

La pasión de D. Fruela creció con la resistencia: lo que al principio habia sido un solo capricho, llegó á convertirse en el amor más profundo y verdadero que sintió en su vida; al ver á Sancha madre, y por consiguiente ligada con un lazo indisoluble á su hermano, su pasión se acrecentó furiosamente y resolvió robarle su hijo, para obligarla de este modo á ceder á sus deseos.

Largo tiempo meditó este proyecto; mas un resto de piedad hacia su esposa le contenía. Munia acababa de dar á luz una niña, á la cual se puso por nombre Jimena, y que más adelante fué esposa del desgraciado Conde de Saldaña.

Por fin triunfó su culpable pasión del amor que debía á su esposa y á sus hijos, y se decidió á apoderarse del Infante Bermudo; mas este cruel designio fué sorprendido por Munia en al-

gunas palabras que se le escaparon en medio del sueño, y ya se ha visto que puso en salvo al niño, amparándole en sus propias habitaciones.

El amor de Aurelio seguía mudo, pero ardiente y devastador; la Reina nada sospechaba de él, y el Infante, sin atreverse á romper el silencio, sufría los tormentos de un condenado.

Únicamente Adosinda se conservaba dulce y tranquila entre aquella lucha desenfadada de pasiones; era el ángel bajo cuyas blancas alas iban todos á buscar la paz: ella consolaba á sus hermanos, que la amaban con entrañable afecto; enjugaba el llanto de la Reina; dormía á Alfonso y á Jimena en su regazo con sencillos cantos, y hasta el mismo Fruela encontraba en ella consuelos, porque, en presencia de aquel querube de bondad y mansedumbre, se calmaban las borrascosas tempestades de su alma.

Adosinda conocía los amores desgraciados de Bimarano; la culpable pasión del Rey hacia Sancha, la amiga de su infancia, y los dolores de la Reina, á quien amaba como á una hermana; pero ignoraba completamente el amor de Aurelio á Munia, porque el Príncipe respetaba tanto el candor y la santa inocencia de su hermana, que habia ocultado cuidadosamente delante de ella hasta la muestra más leve de su insensata pasión.

Era un secreto que sólo sabían Dios, Bimarano y Aurelio.